

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

RESEÑAS

La gran novela-mito de la literatura juvenil colombiana

El imperio de las cinco lunas

CELSO ROMÁN

ANDRÉS DÍAZ (viñetas)

Panamericana Editorial, Bogotá, 2016, 372 pp.

CON GRAN razón advirtió la crítica y editora Lucía Borrero sobre el elemento innovador que introdujo en la literatura colombiana *El imperio de las cinco lunas* (1998) al clasificarla dentro del género de la “metaficción para jóvenes”; esto es, obras que no solo cuentan historias, sino que exponen un discurso reflexivo sobre la historia (“Narrativas de fin de siglo para niños y jóvenes”; *Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil*, n.ºs 12-13, 2000, p. 34).

En efecto, Celso Román (Bogotá, 1947) al llegar a sus cuarenta años enfrentaba los dilemas de todo buen narrador que alcanza la madurez creativa: ¿cuál es el alcance de lo que escribo?, ¿en qué consiste la marca de identidad de mi estilo? No le fue fácil responder, pero tenía que discernirlo a partir de su propia experiencia estético-literaria y de su carrera como escritor de libros cuyos destinatarios eran principalmente los niños y los adolescentes.

Por un lado, Román había impulsado en la literatura infantil colombiana un elemento a su vez fantástico y poético que la editora Margarita Valencia (Valencia Editores) percibió de gran valor cuando publicó *Los amigos del hombre* (1980), *Las cosas de la casa* (1986), *El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú* (1988) y *Los animales domésticos y electrodomésticos* (1993). Los primeros libros de Román eran un canto a las cosas cotidianas, a la amistad, a la rica naturaleza colombiana (en este último aspecto se percibía la influencia de Jairo Aníbal Niño). Pero, por otro lado, a Román le preocupaba profundamente la historia del país, sobre todo la inmediata. Se sabía hijo de una generación herida por los ecos del Frente Nacional liberal-conservador. Como estudiante de veterinaria de la Universidad Nacional en Bogotá, en los años setenta, pudo vivir el fragor

de las denuncias del movimiento estudiantil de izquierda, y por sus salidas a prácticas rurales, conocer la realidad y el atraso feudal del mundo campesino. Pudo percibir la huella revolucionaria del padre Camilo Torres Restrepo y oír a algunos de los líderes estudiantiles que, radicalizados, entrarían luego a los grupos guerrilleros. Román, en los años ochenta y noventa, vio con terror la respuesta violenta del Estado y el surgimiento del narcoparamilitarismo. Hay que decirlo con claridad, Celso Román no optó por responder a esta realidad dramática con una obra asociada a la narrativa del realismo socialista. Al contrario, optó por fundir los dos elementos que eran transversales a su trabajo literario: el elemento fantástico-lírico y el que provenía de una línea histórico-social.

El imperio de las cinco lunas fue la respuesta a esta búsqueda. Sin duda, cuando ganó el Premio Norma-Fundalectura en 1998, Román tuvo una dimensión real de lo que había emprendido con esta obra: un verdadero *tour de force* porque debió familiarizarse con nuevos recursos narrativos, viajar por todo el país, dialogar con chamanes de diferentes comunidades indígenas, leer sobre mitología, reescribirse en definitiva.

La novela, organizada en 43 capítulos, narra la vida de dos indígenas: la niña Yassuna y el niño Chaqué. Los niños son el símbolo y representación de la vida. Del lado de la oscuridad y la muerte, en cambio, están la Araña y el Serpiente. La persecución de los poderes del mal toma fuerza cuando se enteran del nacimiento de los dos niños. Miles de soldados asesinos se mueven por los diferentes reinos para matar las fuerzas de la vida: azuzan, acosan, torturan, persiguen a quien tenga información de Yassuna y Chaqué. Los niños, milagrosamente, logran salvarse gracias al cuidado del sabio Makuna, quien como el Melquíades garciamarquiano guarda todos los secretos de la vida, el amor y la muerte en unos manuscritos y sabe con anticipación lo que puede pasar.

Con gran discreción y rapidez, Makuna entrega los niños a caciques de tribus diferentes. Los niños quedan con sendas mochilas en las cuales atesoran, partidas en dos, las páginas de la Historia manuscrita. Yassuna

cambia de nombre y se convierte en Frankelín de Oriente; Chaqué toma el nombre de Viajero. La novela se abre, entonces, en dos ramificaciones a través de las cuales se nos cuenta su supervivencia y crecimiento hasta que ya jóvenes deben enfrentar la verdad: iniciarán un viaje ritual de iniciación que les permitirá conocer sus reinos y encontrarse el uno al otro, pues deben unir en una sola página la historia de la vida para que el mundo no perezca. Antes tendrán que derrotar a la Araña y al Serpiente en una guerra atroz.

El imperio de las cinco lunas se divide, argumentalmente, siguiendo las fases de un mito escatológico: origen, viaje de iniciación, sacrificios y vuelta al origen. Cada fase se representa mediante una luna. La “luna de Payara” muestra el origen; la “luna del venado” enseña la cautela; la “luna del águila” lleva a la sabiduría; la “luna del armadillo” deja ver la luz en la oscuridad; la “luna del jaguar” permite despertar el poder que hay en cada persona. La organización del relato no es casual: Celso Román quiere que los jóvenes lectores de su novela entiendan que existe un modo comprensivo de la vida y la muerte basado en el mito, en la acepción que ofrece el profesor Guillermo Páramo: “En sus comienzos, por ejemplo en la antigua Grecia, no había oposición entre mito e historia. Al contrario, mito e historia eran una sola cosa” (“Tradición oral, fantasía y verosimilitud”, en *Las voces del tiempo*, Editores y Autores Asociados, 1997). En *El imperio de las cinco lunas* el mito no es una mera reproducción oral de la voz del mamo o del chamán, sino que aparece mediado por la tradición del relato occidental, al modo como lo hacen traductores y divulgadores del mundo de lo oral como Nina S. de Friedemann, Fernando Urbina, Gerardo Reichel-Dolmatoff o Hugo Niño, quien es citado literalmente en la novela en un epígrafe.

Celso Román establece una red intertextual como soporte para su relato. Explícitamente aparecen mencionados mitos del Chilam Balam de Guatemala y de las comunidades wayuu, kogui, emberá, muisca, uwa y uitoto de Colombia. Sin mención directa, pero sí implícitamente, se identifica el Melquíades de *Cien años de soledad* (aquí es Makuna); el viaje de formación que

RESEÑAS		LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
<p>emprenden Yassuna y Chaquén sigue las huellas de Alicia y Arturo Cova en <i>La vorágine</i> y de la visita al submundo de los muertos en la <i>Odisea</i> homérica. Chaquén-Viajero es insistente en señalar que su gran objetivo es cuidar el texto sagrado de cualquier mancha. Ese texto es la naturaleza prodigiosa: los ríos, los árboles, los animales, las piedras; pero también el habla, la cocina y las artes. Le duele cómo la Araña y el Serpiente han desertizado todo en búsqueda de enriquecerse más:</p> <p>De aquel lugar habían desaparecido macollas y follajes. Ya no llegaban las parejas de hermosos unicornios color de luna al paradero de las palomas, donde manaba una fuente de agua salina y el sol evaporaba el blanco mineral sobre las piedras para que los animales lamieran con deleite el regalo de la tierra. (p. 218)</p> <p>Animales reales y fantásticos se mezclan para dar más fuerza poética al relato. Román acude también a los recursos de las novelas artúricas medievales: el cáliz sagrado con la esencia de la vida debe ser mantenido en pureza a toda costa; la dicotomía mujer-luna/hombre-sol exige su unidad gracias al encuentro de los manuscritos divididos. Los sacrificios y los obstáculos se acrecientan a medida que se acerca la guerra con los espíritus destructores. Aquí, para generar más suspenso y tener en vilo al lector adolescente, Román se apoya en el modelo narrativo de las batallas en <i>El Señor de los Anillos</i>, de J. R. R. Tolkien (uno de sus autores admirados, sobre el cual escribió una biografía divulgativa, <i>Señor de magias, creador de universos</i>, 2004).</p> <p>El final de la historia no es inédito. Desde el comienzo de la novela, el narrador metaficcional nos había advertido que los dos niños se volverían a unir para encontrar la liberación definitiva de sus pueblos, pues los mitos y leyendas no se pueden traicionar en vista de que son textos circulares: “Las leyendas siempre dicen las cosas con una generalidad tan amplia que solamente pueden ser comprendidas cuando los hechos se han cumplido y entonces la explicación se revela con toda claridad” (p. 24).</p> <p>Esa “verdad” que “se revela con toda claridad” encuentra su asiento</p>	<p>en la realidad social y política que ya se entreveía el año de la publicación de <i>El imperio de las cinco lunas</i>. Arriesgo una hipótesis: Celso Román nos habla en clave fantástica del horror real que sufriría el país entre 1998 y 2008. Por ejemplo, los capítulos “Los utensilios de escribir” y “El destino del tesoro”, cuidadosos en detallar las artimañas del poder para sojuzgar a la oposición mediante la violencia, constituyen una profecía de lo vivido en este período oscuro de la historia de Colombia. Propongo una conclusión: una soberbia mimesis estética como la que exhibe esta novela puede ayudar a los jóvenes lectores de hoy a construir memoria desde la imaginación poética.</p> <p>Esta reedición que lanza Panamericana reafirma <i>El imperio de las cinco lunas</i> como un clásico de la literatura infantil y juvenil colombiana; es a su vez un homenaje a un escritor que ha batallado con historias y palabras durante medio siglo, que tiene aún mucho por decir y que, como todo buen maestro, abre puertas y reinventa géneros, dando muestras de la enorme vitalidad que lo acompaña. En definitiva, ratifica el compromiso —sin duda cervantino— que Celso Román asumió con la literatura.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>	